

Ha dicho usted: "La Ilustración no fue el movimiento unitario, paneuropeo, padre de la democracia, defensor de los oprimidos, que se asocia al siglo XVIII. Eso lo decían los franceses y como en España la lengua extranjera más conocida era el francés, enseguida les compramos el invento".

El pensamiento europeo del siglo XVIII al que llamamos Ilustración no estuvo solo, hay que tener en cuenta que además de los filósofos franceses había otros. Estaban los economistas en Gran Bretaña, los jurisdiccionistas en Italia, los cameralistas en Austria, estos últimos eran funcionarios y lo único que les preocupaba era aumentar los beneficios de su príncipe, y en España estaban los proyec-

tistas, que eran los seguidores de **Jovellanos**, que se plantearon el cambio, pero se autoengañaban, porque para que el cambio fuera real había que acabar con los nobles, entre otras cosas, y eso era imposible en aquel contexto. Ocurre que los franceses tenían un extraordinario sentido del marketing y siempre pensamos únicamente en Francia.

Usted ha criticado con frecuencia que Voltaire se oponía a la ilustración de las clases populares, que le horrorizaba que los niños campesinos fuesen a la escuela.

No solo **Voltaire**. Todos los filósofos

**EN EL SIGLO XVII
SPINOZA PLANTEÓ
QUE EL ESTADO DEBÍA
SER PORTADOR DE
LA SOLIDARIDAD,
LA JUSTICIA Y
LA IGUALDAD**

en Francia pensaban así. Pero también en Gran Bretaña o España los filósofos se oponían a que los niños, sobre todo los hijos de los campesinos, aprendieran a leer y a escribir, para que no se dieran cuenta de su

situación, para que si adquirían cultura no percibieran su mala vida, la desigualdad que había, y a estos señores les preocupaba que en un momento determinado esas personas quisieran dejar de trabajar la tierra. Pretendían que los niños no se dieran cuenta del severo destino que les esperaba. Como el que habían tenido sus familiares. Trabajar y trabajar. **Voltaire**, **Montesquieu**, **Diderot**, **Rousseau**, componían una suerte de 'gauche divine' al compartir la misma conciencia de clase hegemónica. Buenas palabras, pero sin una aplicación real en la sociedad.

En el teatro María Guerrero de Madrid se ha representado, y ahora está de gira, la obra titulada 'Voltaire/Rousseau-La disputa', protagonizada por Josep María Flotats y Pere Ponce, una pieza en la que ambos filósofos enfrentan sus ideas. ¿Con qué teorías está usted más de acuerdo, con las de Voltaire o con las de Rousseau?

Con las de ninguno de los dos. Voltaire no tenía un pensamiento político claro. Solo le interesaba presentarse como un 'comecuras' y troñar contra la Iglesia católica. Y Rousseau era un hombre tremendamente cristiano, pero padecía una enfermedad psicótica. Rousseau estaba lleno de contradicciones, vivió toda su vida en una soledad absoluta, y sus ideas tendrán mucho que ver con los errores que cometió la Revolución Francesa. Y el anarquismo del siglo XIX bebe de las fuentes del pensamiento de Rousseau.

Gonzalo Pontón (Barcelona, 1940) sostiene en 'La lucha por la desigualdad', un libro de casi 1.000 páginas con el que ha ganado el Premio Nacional de Ensayo 2017, que la desigualdad actual viene del siglo XVIII. No todo era brillo en el pensamiento de Voltaire. Gonzalo Pontón habla siete idiomas, en 1976 fundó la editorial Crítica, luego Grijalbo Mondadori, y en 2011 el sello Pasado y Presente. Tiene una mirada escéptica del mundo actual y considera que la desigualdad sigue creciendo. Se expresa con absoluta sinceridad, aunque ello suponga ubicarse frecuentemente en lo políticamente incorrecto.

Luis Eduardo Siles

GONZALO PONTÓN

"LA TENDENCIA ESTE AÑO 2018 ES QUE SOLO UNA DOCENA DE FAMILIAS TENGAN IGUAL QUE TODO EL PLANETA"

Defendía la censura de una manera dura y contundente. Decía que no se podía hablar de política, porque si se hacía no era desde un punto de vista puro. Y defendía el estado natural: decía que la civilización había destrozado a las personas. Y fue un antifeminista enfermizo. Sostenía que la mujer debía estar en casa porque se había dispuesto así. En definitiva, Rousseau no era nada simpático. Era un hombre enfermo: sufría un trastorno bipolar.

Usted suele citar para bien al filósofo neerlandés Baruch Spinoza y recuerda una de sus frases: "La igualdad es el único principio básico de un Gobierno legítimo".

En su ética, **Spinoza** separa muy bien lo que es la división de poderes, que decimos que viene de Montesquieu, pero Spinoza ya había planteado que el Estado debía ser portador de la solidaridad, de la justicia y de la igualdad entre las personas. Y lo dijo en el siglo XVII. Baruch Spinoza fue un judío español o portugués en origen, aunque siempre vivió en Amsterdam. Pero viene de una familia de judíos expulsados o bien de España, o bien de Portugal, ya digo, no está claro cómo se escribe su apellido, aunque toda su vida transcurrió en Amsterdam.

Ha dicho usted que "el nacionalismo es el gran motor de la desigualdad, alentado por el lenguaje de las élites, que no es el mismo que el de la calle".

Sí, sí, eso lo vemos constantemente cuando analizamos los nacionalismos. Porque los nacionalismos responden a los intereses de la clase burguesa, que defiende la separación entre su

clase y las demás. Los nacionalismos siempre plantean lo suyo como lo mejor, lo más libre, lo más culto, lo más democrático. Y eso es falso. Lo que está pasando actualmente en Cataluña tiene mucho que ver con todo eso. La voluntad de los demás cuenta poco para ellos, lo importante es lo que ellos creen.

Ha escrito usted: "Las desigualdades sociales de hoy arrancan del

siglo XVIII y, tristemente, hablando de ellas hablo de ahora mismo, porque sufrimos la misma desigualdad que entonces".

Sí, la desigualdad se ha ido incrementando paulatinamente y la tendencia es estremecedora. Hace unos pocos años había 500 familias que tenían igual que todo el planeta. Esas 500 familias, en el año 2015, se redujeron a 62. Y la tendencia este



**"ESPAÑA NO
ES UN PAÍS
BENDECIDO POR
EL GUSTO POR
LA CIENCIA"**

año 2018 es que sólo una docena de familias tengan igual que todo el planeta.

¿Qué ha significado para usted recibir el Premio Nacional de Ensayo 2017 por su libro 'La lucha por la desigualdad', un galardón que concede el Ministerio de Educación y Cultura?

Yo me siento muy honrado por haber obtenido ese premio. Y muy agradecido al jurado que otorga el premio. Lo concede un jurado compuesto por doce personas que eligen el mejor libro de ensayo publicado ese año.

Usted ha afirmado que las tiradas de un libro de ensayo son hoy las mismas de hace 200 años. ¿Cómo se explica?

La explicación es obvia, muy sencilla. Quiere decir que en esos 200 años el tipo de público en España interesado en leer libros de conocimiento no ha crecido. Eso se explica por la educación, tanto primaria, como secundaria, como universitaria, en la que han primado otros intereses. España no es un país bendecido por el gusto por la ciencia. Aquí se venden novelas, es decir, ficción, o libros de autoayuda. Pero los libros científicos tienen en España poca venta. En nuestro país, el pensamiento, la reflexión y la crítica, no están conectando con el ánimo de las personas. Yo he dicho en alguna ocasión que las novelas las dejo para la juventud. Y llevo muchos años enfrentado a los novelistas. Porque llevo 50 años editando libros científicos. La novela ayuda a hacer frente a vidas monótonas o grises. Podemos identificarnos con héroes de la ficción y así sentirnos mejor. Y eso es típico de la juventud. Yo leí muchas novelas durante una parte de mi vida. Pero a los 40 o 50 años decidí que leer tantas ficciones no era maduro cuando uno desconoce tantas otras cosas. Por eso he dicho que la lectura de la ficción es más apropiada para la juventud. Y con lo otro, con los libros científicos, uno toma conciencia de que se va impregnando de muchas cosas.

Usted admira la brillantez y el interés de los ensayos franceses y anglosajones, ¿no?

GONZALO PONTÓN

LA LUCHA POR LA DESIGUALDAD

UNA HISTORIA DEL MUNDO OCCIDENTAL EN EL SIGLO XVIII

PRÓLOGO DE JOSEP FONTANA



Sobre todo de los anglosajones. Así como en la Universidad lo que se prima son las reflexiones sobre las cuestiones estrictamente españolas, en los ensayos anglosajones se prima el conocimiento general del mundo. Existe un número importante de hispanistas. Pero yo reto a que se me diga un solo nombre de un científico español que sepa mucho de Italia, de Alemania o de Gran Bretaña. No lo hay. No tenemos a nadie. Es que no es lo nuestro. Entre otras razones porque este país va muy atrasado en el conocimiento de algu-

nas lenguas extranjeras. Eso es un dato más adicional al escaso conocimiento de otras culturas. La Real Academia de la Historia concede todos los años el Premio Nacional de Historia. Pero en las bases de ese galardón se establece que únicamente se concederá el premio a libros que traten sobre la historia de España. Mi

libro 'La lucha por la desigualdad' no hubiera podido optar a ese premio porque habla de otros sitios.

¿A qué autores de los que ha editado recuerda con mayor afecto?

A los autores anglosajones hispanistas. A Paul Preston y a Ian Gibson, por ejem-

"YO TENGO LA PEOR OPINIÓN SOBRE LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA"

APRENDER A VIVIR

Mujer y ciencia

CARMEN PELLICER



plo. Y a **Hobsbawm**, entre otros. Los autores anglosajones son la gente que mejor ha sabido comprender y explicar el mundo. Porque, a diferencia de la escuela española, en la que los ensayos están escritos en un estilo plumizo, plúmbeo, cansino, para que los catedráticos viesan lo mucho que sabía el autor, los autores anglosajones son conscientes de que hay que escribir para el gran público. Y se valora al autor que sabe escribir divirtiéndose al personal. Los anglosajones son divertidísimos. Aquí, sin embargo, todo es muy fiel a la universidad española. Hay que escribir en un lenguaje viejo. En Gran Bretaña las tiradas de los libros de ensayo son mayores que en España. Porque saben que si tú escribes bien, con garra, pues mejor, porque más te leerán. Aquí hay quien dice "estoy leyendo una novela sobre las Cruzadas y me está gustando porque aprendo mucho". Pero si lees un libro de un autor anglosajón sobre las Cruzadas disfrutas y está basado en la investigación.

Ha dicho usted que a la universidad hay que ir para entender el mundo. ¿Se hace así?

No, no, yo tengo la peor opinión sobre la universidad española. La universidad española es anticuada, endogámica y los profesores están mal preparados. Los alumnos van a ella desanimados.

Ha criticado frecuentemente lo que en España considera usted como desprecio a las Humanidades.

Sí, eso es lo que se está intentando hacer desde hace tiempo. Se está intentando reducir el estudio de las Humanidades. Hay quien pretende quitar la Filosofía de la universidad. Se dice de las Humanidades que el alumno que las estudie no va a encontrar trabajo después, al licenciarse, pero hoy no hay puestos de trabajo para casi nadie, se estudie lo que se estudie. Se ha demostrado que era mentira esa leyenda negra en torno a las Humanidades, porque actualmente ir a la universidad no garantiza un puesto de trabajo para nadie. El desprecio a las Humanidades impide que haya más lectores de ensayo y dificulta que las nuevas generaciones se acerquen a la no ficción.

La Transición está ahora muy cuestionada por determinados sectores políticos. Usted ha editado algún libro sobre ese periodo. ¿Qué piensa de la Transición?

Como historiador considero que hay que estudiar los hechos en su marco cronológico. Lo que no se puede hacer es aplicar los valores de hoy para analizar la Transición. Es necesario entender lo que pasaba entonces. Ahora una cierta izquierda considera que aquello fue una traición porque no se hizo lo que ellos consideran que se debía haber hecho. Pero ese no es un buen análisis. Hay que analizar lo que se podía hacer y lo que se hizo. Y lo que se hizo yo creo que, al menos, merece un aprobado. La Transición fue el arte de lo posible. Es que se estaba en la situación en la que se estaba. No hay que olvidar los golpes de Estado que en aquellos años se intentaron dar, no sólo por parte de militares, sino también de civiles.

Ha dicho usted: "Voy a seguir luchando y editando".

Sí, sí, yo quiero seguir editando hasta el final de mi vida. Porque uno se sorprende cuando lee ensayos y comprueba todo lo que ignora. ■

Estamos llevando a cabo estos días en nuestras escuelas la celebración del proyecto de ciencia y tecnología. Es el final de un proceso de cinco semanas donde nuestros alumnos han explorado muchos aspectos del mundo que les rodea utilizando los pasos del método científico: observar y plantear problemas, documentar las observaciones con evidencias, formular hipótesis, experimentar y validar esas hipótesis, categorizar los resultados, aplicarlos a nuevas situaciones, comprender fórmulas y teorías, y convertirse durante un corto periodo de tiempo

SON MUY POCAS LAS MUJERES QUE TRABAJAN EN CIENCIAS

en investigadores. Ha coincidido con el "Día Mundial de la Mujer en la Ciencia", mientras veíamos como niños y niñas, juntos, disfrutaban en laboratorios improvisados en aulas y pasillos. Las cifras siguen cabezotas y los porcentajes de mujeres en las carreras y empleos vinculados a STEM, las siglas anglosajonas para "Ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas", son muy bajos. Crecen las iniciativas para estimular las vocaciones a este tipo de estudios. Sin embargo, la mayoría están dedicadas a los adolescentes. Y creo que llegamos tarde. Nuestros currículos nos encaminan a que seamos filólogos, y en plena polémica sobre la lengua, me pregunto por qué el 50% del horario de nuestros niños se dedica en muchas escuelas a las lenguas, y solo una hora y media, como mucho dos, a las ciencias naturales... ¿Y así queremos despertar vocaciones científicas?

La vocación es un término complejo. Se identifica con la elección de un estado de vida, con la llamada divina que otorga un sentido de misión a nuestro quehacer cotidiano, sea en conventos, hogares o despachos... En términos seculares, la vocación supone la entrega a una pasión que se convierte en trabajo y placer, en dedicación y esfuerzo... Y eso se despierta antes, se educa propiciando múltiples oportunidades para disfrutar aprendiendo, creando, estimulando la curiosidad y el deseo de crear cosas nuevas que permitan resolver los desafíos que se presentan cada día en todos los ámbitos de la vida... La elección de una profesión depende de muchas circunstancias y limitaciones que a veces no elegimos. Convertir la profesión en vocación, o viceversa, depende del carácter que hemos forjado a lo largo de la vida. ■